

La hegemonía fracturada: el Estado en Colombia, un proceso en redefinición

*Jorge Gantiva Silva**

A la memoria de Giorgio Baratta,
Francisco Fernández Buey y Carlos Nelson Coutinho

Resumen

En el artículo se plantea la significación de Gramsci como pensador de la reinención de la democracia en el contexto colombiano signado por el Estado de excepción permanente, la violencia, la permanencia de insurgencias y la cultura refractaria. Se propone comprender la triple disfuncionalidad del Estado y su incapacidad para construir hegemonía; se revela el proceso de cooptación del Estado por parte de las mafias y del narcotráfico. En Colombia, el Estado utiliza su fuerza para destruir a la oposición, imponer su política, y para liquidar la resistencia y la protesta social. Asimismo, se abordan la fragmentación, instrumentalización y cooptación de la sociedad civil, vista ésta como un tejido social desgarrado por la violencia, el desplazamiento forzado y un dominio determinante de lo privado. A su vez, se analiza una sociedad civil popular y comunitaria de rebeldías plebeyas. *Palabras clave:* Estado, violencia estructural, Gramsci, democracia, Estado de excepción permanente.

Fractured hegemony: the State in Colombia, a process in redefinition

Abstract

This article reemphasizes the significance of Gramsci as a new thinker of democracy in the context of Colombia. The democratic system in this country is under a permanent state of emergency, affected by high levels of violence, insurgencies and a refractory culture. In addition, this paper is aimed at understanding the dysfunction of the State and its inability to build hegemony, highlighting a process of co-optation by mafia groups and drug traffickers. The State relies on its power to undermine the opposition, imposes repressive policies, and wipes out resistance and social protest. Moreover, this paper discusses the fragmentation, instrumentation, cooptation in civil society, and deals with the problems of a torn social fabric, violence, social displacement and loss of privacy. And in turn, it analyzes civil society and social movements at the street level.

Keywords: State, structural violence, Gramsci, democracy, permanent State of emergency.

* Licenciado en filosofía, especialista en Técnicas de Investigación Social Aplicadas a la Educación, profesor titular de la Universidad del Tolima, Colombia. E-mail: <ganti69@gmail.com>.

A hegemonia fraturada: o Estado na Colômbia, um processo em redefinição

Resumo

Neste artigo busca-se a explicação da significação de Gramsci como pensador da reinvenção da democracia, no contexto colombiano, caracterizado pelo Estado de exceção permanente, a violência, a permanência de revoltas e a cultura refratária. Propõe compreender a tripla disfuncionalidade do Estado e sua incapacidade para construir hegemonia; revela-se o processo de cooptação do Estado por parte das máfias e do narcotráfico. Na Colômbia, o Estado utiliza sua força para destruir a oposição, impor sua política, liquidar a resistência e o protesto social. Também aborda a fragmentação, instrumentalização e cooptação da sociedade civil, vista como um tecido social despedaçado pela violência, o deslocamento forçado e o domínio determinante do privado. Por sua vez, aborda uma sociedade civil popular e comunitária de rebeldias plebéias.

Palavras chave: Estado, violência estrutural, Gramsci, democracia, Estado de exceção permanente.

Gramsci: interlocutor de nuestro tiempo

*Hay que quemar todo el pasado y construir una nueva vida (...)
Hay que salir de la zanja y arrojar lejos el sapo que se alojó en el corazón.*

Gramsci

La esquiwa recepción de Gramsci

Colombia es un país extraño, todo llega tarde, salvo la muerte. Pero nunca es tarde para la teoría y la tarea de la emancipación. El marxismo crítico, con pocas excepciones, ha sido tardío, alojado en algunos nichos académicos, y reconocido como el horizonte olvidado del “buen” Marx.

Gramsci, el teórico de la política que recuperó el pensamiento de Marx en un horizonte antipositivista y emancipador, fue nombrado en Colombia, sin ser suficientemente reconocido y conocido. Su teoría ha sido usada para justificar una determinada táctica política o una visión parcelada de su “filosofía de la praxis”, siguiendo, con frecuencia, la equivocada tradición de reducir el pensar crítico a la instrumentalización.

La recepción de su obra y pensamiento concierne a los modos de apropiación del marxismo, cómo se “traduce” su “concepción del mundo”, se concibe y pone en práctica su dimensión ético-política. Esto es, la forma como los intelectuales median y reconstruyen las múltiples relaciones entre el Estado y la sociedad, cómo vehiculizan su proyecto hegemónico, cómo se desplazan en el campo de la “correlación de fuerzas”, cómo se explicitan en los movimientos sociales y en las luchas de resistencia y cómo se “traduce” en el clima cultural y las prácticas sociales.

De este modo, los “usos de Gramsci”, siguiendo la idea de Portantiero, representan

un “campo de batalla” por su significación, comprensión y aplicación creadora de su pensamiento. Desde mediados de los años setenta sirvió para valorar un camino para la democratización y la participación electoral ante la opción de la lucha armada. Frente a la disyuntiva surgida en el seno del movimiento revolucionario y popular –lucha armada o lucha democrática– descollaba como “promotor” de una salida democrática que sus protagonistas auparon posteriormente para legitimar su opción reformista, liberal y socialdemocratizante.

En los años noventa del siglo xx, en pleno proceso de paz y de la Asamblea Nacional Constituyente, Gramsci era reconocido como un referente de apertura y símbolo transicional para el desarrollo de la “reinserción” e “incorporación a la vida civil”. Varios esfuerzos intelectuales se dirigieron a concretar la tarea de “traducibilidad” en un escenario marcado por el imperativo de la paz y la movilización ciudadana.¹

El entorno político y cultural giraba alrededor de la construcción de una sociedad democrática y la consolidación de la participación ciudadana. El ambiente desperfilaba cualquier opción de confrontación armada. Los grupos insurgentes, en proceso de paz, y los intelectuales gramscianos abrían una suerte de “guerra de posiciones” como espacialidad pública, legal y democrática, la cual revelaba la significación de Gramsci como pensador de la “reinención de la democracia” en un contexto signado por la violencia, la permanencia de otras insurgencias y la cultura refractaria proveniente del dogmatismo, la escolástica y las tentaciones del reformismo.

A la postre ambas experiencias políticas, cada una con sus particularidades, se disolvieron y algunas terminaron siendo cooptadas por el Estado burgués y la cultura del capital. Los pocos intelectuales que se resistieron continuaron en la tarea de la “traducibilidad” y marcaron distancia frente a esta operación de asimilación y “transformismo” que llevó a varios sectores a subsumirse en la lógica del *establishment* y de la extrema derecha.

Los grupos que suscribieron la paz y sus “dirigentes” abandonaron la línea gramsciana y el marxismo crítico, y no pocos se asimilaron al proyecto del “capitalismo democrático”. La recepción de Gramsci y su valoración fueron desplazadas por el pensamiento pragmático y la asimilación al “orden capitalista”. Entre tanto, el filón gramsciano de algunos sectores intelectuales y de movimientos sociales fue promovido, de manera parcial, y animado, de manera “ciclotímica”, persistió en la articulación entre política, filosofía y movimiento emancipatorio, entre intelectuales, alternativas políticas y proyecto anticapitalista. Pese al giro pragmático adoptado desde entonces

¹ En Colombia se creó en 1991 la Sociedad Gramsci, que organizó el Seminario *Gramsci y la realidad colombiana*, cuyas memorias publicó el Foro Nacional por Colombia.

por los firmantes de la paz, el pensamiento de Gramsci ha resistido la furia neoliberal, el discurso del “capitalismo democrático” y las prácticas de la asimilación al capital.

La traducibilidad: un campo de batalla

La inquietud tiene que ver con un asunto crucial: ¿Cómo releer a los clásicos, en particular a Gramsci, en tiempos de la crisis global del capitalismo? ¿Cómo interpretar sus metáforas y categorías a la luz de la profunda transformación de América Latina? ¿Cómo situarlo en el contexto de una nueva época histórica? ¿Cómo traducirlo en una realidad tan compleja como la de Colombia?

De ahí que el esfuerzo se centra en leer este proceso en clave de crítica política; exige abordar la comprensión de la época, el ciclo de capitalismo transnacional, el efecto del “transformismo” de las izquierdas, la “captura” diferenciada del Estado por la parapolítica y el paramilitarismo, el vaciamiento de la democracia, el ocaso de los partidos de centro-izquierda, la incertidumbre del proceso de paz entre las FARC y el gobierno colombiano, la contraofensiva del Imperio-capital (Zizek), la emergencia de los movimientos sociales y populares y la búsqueda de alternativas políticas en clave de comunidad y emancipación.

Un punto relevante potencia la fuerza constitutiva del pensamiento de Gramsci: pensador de la política, creador de la emancipación, “intelectual orgánico”, reconocido como clásico según Eric Hobsbawm, Perry Anderson, Daniel Bensaïd, Giorgio Baratta, entre otros. Este pensador viviente sigue interrogando el tiempo histórico.

En su obra *El elogio de la política profana*, Daniel Bensaïd, un trotskista más allá de los trotskismos, elaboró una singular reflexión sobre el pensamiento crítico y emancipador en el contexto de la globalización neoliberal, la crisis del capitalismo mundial y la configuración de la política como “estado de excepción permanente”, destacando la actualidad de Gramsci en este proceso de reconstrucción del pensamiento y de la estrategia.

En *Marx intempestivo: grandezas y miserias de una aventura crítica*, Bensaïd (2009) destacó la reflexión gramsciana en íntima conexión con la obra de Marx y Walter Benjamin en un esfuerzo por restablecer el hilo de la teoría de la emancipación y la potencia creadora de la subjetividad, esto es, el *constructo* de la teoría política de un proyecto centrado en la emancipación, la creatividad y la potencia.

El cuadro reconstructivo apunta a develar lo que en primera instancia inquietaba a gramscianos reconocidos como John Cammnett (director de la bibliografía gramsciana del Instituto Gramsci de Roma), Aldo Natoli, Antonio Santucci, Giuseppe Vacca, e igualmente a un conjunto de pensadores, hombres y mujeres del mundo que lo

destacan como “paradigma” de pensamiento de permanente inspiración creadora. ¿Cómo determinar la actualidad de Gramsci? ¿Cómo potenciar su fuerza creadora?² Según varios estudios realizados, conviene trascender la “filología” y la “experticia” y abrir un campo de interpelaciones en la ciencia política, las ciencias sociales críticas, las artes y la cultura.

Estos espacios se han perfilado en la política, la cultura, la filosofía política, los movimientos sociales, sin renunciar a la tarea de “traducción”, de articulación entre las preocupaciones teóricas y los movimientos sociales, entre los aportes de las nuevas perspectivas y los desarrollos explicitados por los estudios culturales, la teoría de los pueblos originarios, los estudios de la subalternidad y de la postcolonialidad, muchos de los cuales representan esfuerzos significativos en el plano del diálogo de saberes, la reconstrucción del pensar crítico y la profundización de la filosofía de la praxis.³

Esta perspectiva, en medio de profundas tensiones y campos de discusión abierta, posibilita un enriquecimiento de la reflexión gramsciana en un mundo cruzado por aperturas epistémicas, prácticas de saber, diálogos interdisciplinarios y creaciones colectivas de movimientos y sujetos “parte sin parte” (inmigrantes, diversidad sexual, pueblos originarios) que actualizan el filón analítico desde la noción de la “traductibilidad de los lenguajes” hasta la teoría de la hegemonía.

La actualidad de Gramsci lo sitúa como un clásico en el sentido que Eric Hobsbawm y Perry Anderson aluden con frecuencia. En *Le Rose e i Quaderni*, Giorgio Baratta (2003) inicia una sugerente relectura de Gramsci a la luz de los nuevos tiempos y campos del saber, de la globalización, de las resistencias. Se trata de un Gramsci abierto a la comprensión de las transformaciones de la época, los retos de la izquierda, la construcción de alternativas y nuevas preguntas de la filosofía y la ciencia política.

Este “nuevo” Gramsci es, por decirlo de alguna manera, un lector del ciclo histórico del capitalismo tardío, de la larga onda de reflujo de la revolución, del ocaso de la política y la universalización del “estado de excepción”.

Aunque parezca paradójico, los marxismos –para utilizar una expresión de Manuel Sacristán– han producido cortocircuitos en su propio pensamiento. La coherencia del pensamiento crítico y los proyectos emancipatorios los han logrado superar

² En los seminarios de cultura política de la Universidad Nacional de Colombia (1999-2002) presenté esta búsqueda analítica bajo la figura del *marxismo trágico* como hilo conductor, como ambiente político y espiritual, como crítica contra las vulgarizaciones del *díamat* y el fatalismo de la historia.

³ Además de la bibliografía gramsciana con que cuenta el Instituto Gramsci de Roma, las publicaciones y los seminarios, cabe señalar el impresionante auge de los estudios gramscianos en el mundo.

mediante la idea gramsciana de hegemonía y los han potenciado a través de la noción de “traducibilidad de todos los lenguajes” como proceso de reconstrucción del saber y asimilación del pensamiento a través de la política, fortalecida ésta por el renacimiento de las luchas proletarias, populares, comunitarias y de los pueblos de Nuestra América; y por el sorprendente proceso de recuperación de la obra de Marx, Benjamin, Rosa Luxemburgo, Mariátegui, El Che, entre otros, en un escenario de transformaciones del periodo.

Estos “cortocircuitos” del pensar son obra de la política, y sólo ella los puede restituir. Gramsci se instala en la idea de consolidar su proyecto estratégico, diferenciado de las pretensiones de “usarlo” como justificador de una determinada táctica y un intérprete de la “derrota”. Quizá el mérito de este esfuerzo de “traducción” ha sido la búsqueda singular de reconstruir e imaginar nuevos caminos y procesos cognitivos y epistemológicos. Estas tematizaciones cuentan con importantes estudios de Bensaïd, Perry Anderson, Itsván Mészáros, Terry Eagleton, Michel Löwy, Néstor Cohen y Baratta, entre otros.⁴ Este esfuerzo teórico configura un diálogo creador entre los marxismos críticos, recrea la imaginación de la lucha anticapitalista y profundiza la investigación, la crítica y la emancipación.

El Estado colombiano: un proceso en redefinición

*El hombre tiene que compensar con su calor
la frialdad de las cosas para no quedarse congelado, y ha de sujetar
con gran cuidado las agudas puntas de las cosas para no desangrarse.*
Walter Benjamin

Una nación en busca de su mito fundacional

Colombia es un “acto de fe”, decía Borges en el *Libro de Arena*. Es “una nación a pesar de sí misma”, sostiene David Bushnell en una de sus obras más conocidas, *Colombia, una nación a pesar de sí misma*. Es “una cosa impenetrable”, según Juan Guillermo Gómez, estudioso de la historia intelectual de América Latina.

Así como en el cuento de García Márquez, donde en un pueblo en el que va a pasar algo, todos abandonan el pueblo, y finalmente pasó algo, en Colombia “nada pasa de veras y todo está por pasar”. Sin embargo, es una nación universal por las múltiples guerras –contra las drogas, la interna, contra el terrorismo, contra el crimen organizado

⁴ El aporte del pensamiento crítico latinoamericano cuenta con una formidable trayectoria de creación y reflexión, lamentablemente desconocida por la intelectualidad europea y olvidada por ciertos sectores colonizados de América Latina.

(Bacrim) y la guerra sucia-, el narcotráfico y la violencia. Ninguno de estos problemas ha resuelto el Estado colombiano; por el contrario, su estado de precariedad los ha llevado a desplegarse exponencialmente.

Colombia aparece en el registro universal de la infamia por las tres grandes tragedias de su historia: la violencia, el narcotráfico y la guerra interna. Eric Hobsbawm analiza la condición de universalidad en tres aspectos: la violencia, el bipartidismo y el bandolerismo (rebeldes primitivos).

Colombia comenzó el siglo xx con la guerra civil de los *Mil días* y terminó la centuria con el prolongado conflicto interno de múltiples violencias. Se puede decir que “Colombia no ha conocido un solo día de paz”, si se utiliza esta expresión para comprender la magnitud del “caso colombiano”, y no para caer en la fatalidad o banalizar el conflicto interno colombiano. Las “razones” de esta historia son objeto de profundas controversias y de diversas interrelaciones teóricas y políticas.

Las guerras, la violencia, la revolución social frustrada y la inequidad social, colocan a Colombia en el pedestal de una “nación a pesar de sí misma”, la primera nación de América Latina más inequitativa. Ninguna de las guerras constituye su mito fundacional. No obstante, ostenta el calificativo de nación democrática, emporio de los negocios transnacionales, nicho de la inversión extranjera, protectorado de los Estados Unidos, el mundo de los supermercados, la globalización neoliberal periférica, potencia de la biodiversidad, de la minería y de los recursos naturales. “Colombia es hoy en día el menos estudiado de los países de América Latina, y tal vez el menos comprendido”, sostiene David Bushnell (2012:15). Sólo se conoce por el narcotráfico y la violencia.⁵

¿Puede la Violencia convertirse entonces en el mito fundacional? Para serlo, se precisaría que la violencia fuese mítica, mesiánica, redentora, como dice Benjamin. Es revelador cómo comienza la novela de José Eustasio Rivera, *La Vorágine*: “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia” (1924:12). Con todo, la violencia no logra constituir ningún mito fundacional.

Se trata de comprender la triple disfuncionalidad del Estado, sus desgarramientos múltiples:

i) Su incapacidad de construir la hegemonía en sentido gramsciano; ha pasado del “colapso parcial” a la “captura” por los factores fácticos de poder originados en el narcotráfico, la parapolítica y el paramilitarismo, cuya “prueba reina” –la parapolítica–

⁵ Con cierta ingenuidad, Bushnell dice que “el país se merece algo mejor, aun cuando sea por razones de tamaño. Es la quinta nación latinoamericana en extensión y la tercera en población”.

revela el proceso de cooptación del Estado por parte de las mafias y del narcotráfico (más de 100 parlamentarios y políticos y más de 350 funcionarios de la administración pública comprometidos con el paramilitarismo y el narcotráfico).

Un Estado incapaz de responder a las grandes demandas nacionales y populares, termina en “botín” de las élites y de las mafias. En este sentido, es un “Leviatán derrotado”, como lo llama Víctor Manuel Moncayo, debido a su incapacidad de construir el principio de legitimidad, autoridad, consenso y democracia; no obstante, un Estado prepotente, hobbesiano, “odioso”, que utiliza su fuerza para destruir a la oposición, imponer su política, liquidar la resistencia y la protesta social; su poderío se sustenta en la exclusión, la fuerza militar, el Estado de “excepción permanente”.

ii) La fragmentación, instrumentalización y cooptación de la sociedad civil, a lo sumo “convidada de piedra”, con frecuencia manipulada por los medios, subsumida en la lógica del bipartidismo o de la coalición de gobierno, con un tejido social desgarrado por la violencia y obligada a desplazarse, dominio determinante de lo privado; una “sociedad civil” popular, comunitaria de rebeldías plebeyas (“*gente muy rebelde*” según Renán Vega Cantor), en proceso de afirmación, movilización, atravesada por la crisis de las alternativas políticas y el conflicto interno; activada por poderes fácticos (Estado, paramilitarismo, narcotráfico, guerrillas, grupos criminales); instalada en territorios ancestrales, ciudades y poblaciones bajo el imperio-capital, animada por movimientos sociales y luchas democráticas, comunitarias y populares que defienden la vida, la paz, los territorios, la tierra, la salud y la educación.

iii) La contraofensiva del régimen político en la época del capitalismo transnacional, de las grandes locomotoras productivas de la maquila internacional, la consolidación de los mega proyectos en zonas estratégicas de las reservas campesinas e indígenas. Colombia se encuentra subsumida en el encantamiento de la “prosperidad democrática” que el actual gobierno nacional propone para instalar un consenso pasivo “por arriba” sobre la base de la idea de la “unidad nacional”.

¿Por qué Colombia no ha conocido ni un solo día de paz? Esta pregunta encierra una particular relevancia. Tres hipótesis podrían arriesgarse:

1) La imposición autoritaria de un sistema político de exclusión, violencia y bipartidismo que interceptó y liquidó las aspiraciones de la revolución democrática a mediados de siglo XIX. La instauración de un régimen de “excepción permanente” violento, que anegó en sangre el proyecto nacional-popular de Jorge Eliécer Gaitán, a partir del 9 de abril de 1948. La liquidación del poderoso movimiento campesino de “Tierra para el que la trabaja” en la década de 1970, la conformación del paramilitarismo como estrategia de Estado; la generalización de la estrategia norteamericana contrainsurgente, el desequilibrio estratégico del conflicto interno.

2) La política de recolonización y reterritorialización por parte del capitalismo transnacional y del Imperio configura un proceso de “acumulación por desposesión” en la fase actual capitalista de control estratégico global. Además, su papel de Israel de América Latina, “cabeza de playa” de la contrarrevolución, territorio de las bases militares gringas y de los enclaves neocoloniales que conjugan el gran capital especulativo, el despojo y el “transformismo” gran burgués. De despensa agrícola y de potencia en recursos naturales, se transforma en un emporio de recursos energéticos en la reconfiguración del capitalismo transnacional que agita el mercado mundial de las fuentes energéticas –agua, gas, oro, carbón (Estrada, 2010).

El papel internacional de Colombia, lacaya de Estados Unidos, constituye el laboratorio contrainsurgente histórico que consolidó su política de hegemonía regional. Conforman en la actualidad un eje estratégico de la derecha internacional que comparte con Chile y México. Desde “*I took Panama*” de Roosevelt, la imposición del Plan Colombia y la políticas antidrogas, es un campo abierto de la recolonización imperial. Desde esta perspectiva, el Estado trituró cualquier opción de interpelación de lo nacional-popular y se afincó en las élites hacendatarias y del capital especulativo.

3) Colombia, nación “a pesar de sí misma”, representa el control de la plutocracia, hacendados, multimillonarios, grandes latifundistas, una burguesía parasitaria reconstituida bajo el imperio del capital transnacional, una “lumpenburguesía” –recordando la expresión de André Gunder Frank–, el país de los escándalos: proceso judicial 8.000, el carrusel de la contratación, el Ubérrimo de Uribe, los zares de las esmeraldas y del narcotráfico, el reino de la parapolítica, la cooptación del Estado por mafias de “cuello blanco” –Agro Ingreso Seguro. Un país bajo sospecha, en subasta, cuya hegemonía está fragmentada en múltiples centros de poder. ¿Puede Colombia en estas condiciones tener siquiera un día de paz? En este Estado de excepcionalidad permanente, ¿puede alcanzarse el desarrollo y la soberanía? ¿Puede construirse, de este modo, un Estado democrático, social de derecho? ¿Hasta dónde la sociedad civil, triturada por el conflicto interno y la política agresiva neoliberal, puede repensar el Estado, sus funciones?

Colombia carece de un mito fundacional, acto fundante de la nacionalidad, más allá del referente independentista y la simbología del patriotismo criollo. La Patria Boba, la Guerra de los Supremos, la revolución social frustrada y las múltiples violencias impidieron la constitución de la “ecuación originaria” de la nacionalidad. La violencia adoptó la forma hegemónica de dominación de las clases dominantes; éstas carecieron de un proyecto de articulación e integración de la sociedad; adoptaron varias formas de dominación según la figura del “Estado de excepción permanente” como el exterminio, el destierro, la persecución, el exilio, el genocidio, los desplazados y la exclusión.

El Estado colombiano, en sentido moderno, se prefiguró a finales del siglo XIX en el marco de la denominada “Regeneración”, proyecto de hegemonía de la oligarquía colombiana que selló su pacto con el catolicismo ultramontano y la cultura conservadora, sectaria y despreciativa de lo popular. En el marco de las guerras civiles, el Estado moderno fue precariamente instalado, salvo en el período de la República liberal (1930-1946). En esa etapa se construyó un Estado en conexión con la sociedad civil y el movimiento popular, sin embargo este experimento democratizador fracasó debido al carácter oligárquico del proyecto, el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán, la revolución social frustrada del 9 de abril y el estallido de la época de la violencia.

Este proceso sistemático de desmantelamiento, de colapso y captura en cada uno de los momentos históricos; la desconexión múltiple entre el Estado y la sociedad civil; la fragilidad del tejido social, y del Estado social de Derecho, y la estrategia de la violencia, muestran la condición de Colombia: “una nación a pesar de sí misma”.

El mito fundacional nunca ha sido una preocupación nacional; la vorágine de la violencia cubrió el largo ciclo de dominación oligárquica en Colombia y limitó considerablemente las posibilidades democráticas. Ha pasado de la “Patria Boba”, de las guerras civiles, de la extensión universal de la violencia a la desesperación de que “algo va a pasar”. El escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez le pidió a un amigo inglés que le resumiera la experiencia vivida en Colombia. El inglés le dijo: “Fue como llegar a una obra de teatro en el segundo acto y darse cuenta de que en el público no hay dos versiones idénticas de lo que pasó en el primero”.⁶ Quizá Colombia es el país menos estudiado de los países de América Latina, y evidentemente el más estigmatizado. También, el menos comprendido.

La teoría del Estado en su laberinto

Colombia es la antípoda de la tesis gramsciana del “Estado ampliado”. Marco Palacios –profesor de El Colegio de México– sostiene en *Violencia política en Colombia, 1958-2010*: “la incapacidad de ejercer “hegemonía gramsciana” por parte de las clases dominantes, transformadas por la misma emancipación nacional en clases dirigentes del Estado o élites de poder” (2012:20). Nuestra hipótesis se apoya en las

⁶ En una comparación relativa, la famosa sentencia de “México, tan lejos de Dios y tan cerca de USA”, podría convertirse en “Tan lejos de la democracia y tan cerca de Colombia”, o “Tan lacaya ante USA y tan cerca de Colombia”, por su locura antidemocrática, mafiosa y criminal. Obviamente que las comparaciones cojean. Para otras perspectivas, la Revolución Mexicana no constituye un mito fundacional y prefieren relacionarlo con la destrucción del mito revolucionario que incluye la cooptación y el “transformismo” del PRI. Sectores conservadores sólo creen que el mito fundacional está relacionado con la *Virgen de Guadalupe*.

recientes investigaciones (Orjuela) según las cuales el Estado colombiano ha transitado del “derrumbe parcial” –tesis de Paul Oquist (1978)–, el “Estado en construcción” –tesis de Fernán González (González, Bolívar & Vázquez, 2003)–, los “Estados dentro del Estado” –tesis de Spears (2001)– hasta el “Leviatán derrotado” –tesis de Víctor Manuel Moncayo (2000). Recientemente, al amparo del Banco Mundial, ha tomado fuerza la teoría de la “captura del Estado” (CdE) que Jorge Luis Garay viene desarrollando en torno al proceso de corrupción económica a gran escala en el cual la criminalidad y los actores armados ilegales han “tomado” el Estado (Garay Salamanca, de León-Beltrán, Garavito y Salcedo-Albarán, 2008).

Estas reflexiones ocupan un lugar significativo en el ámbito académico y develan la difícil comprensión del Estado, dado su carácter inacabado, precario y cambiante, amén de la enorme indiferencia y confusión en amplios sectores intelectuales y ciudadanos. Por supuesto, surgen las más disímiles elaboraciones signadas por la pluralidad de enfoques y perspectivas teóricas. Más allá de las disciplinas y enfoques, en Colombia se han construido reflexiones que apuntan a resaltar el Estado como expresión del capital, sin que ello signifique caer en el reduccionismo.

En particular, este enfoque, proveniente del marxismo, ofreció una explicación de clase y lo consideró en términos de relación social dominante. El trabajo de Francisco Leal Buitrago (1984) apunta a la comprensión de las dimensiones del desarrollo histórico y las funciones de la estructura estatal. Intenta superar las generalidades que, sobre la materia, el marxismo formuló y trata de adentrarse en las realidades micro y las relaciones de clase en una perspectiva abierta sin predeterminaciones de los sujetos, aunque separa el mundo de la política del ámbito de la economía. Este enfoque sigue la perspectiva de Poulantzas en ciertos aspectos. Su tesis de la autonomía busca resaltar el papel del Estado como concreción institucional. Valora la comprensión del “régimen político” y destaca la crisis del régimen bipartidista. Por otra parte, señala la responsabilidad de los partidos liberal y conservador en la formación del Estado-nación al estimular el espíritu faccioso, sectario y patrimonialista.

En general, Francisco Leal Buitrago sostiene que la fragmentación social limita la capacidad del Estado, la cual estimula la creación de los poderes locales y el clientelismo, terreno abonado para el surgimiento del conflicto interno. Un Estado incapaz de lograr la centralización, afectará gravemente su legitimidad.⁷

⁷ A propósito de Gramsci, Leal Buitrago (1984) admite que “no existe una concepción clara sobre las articulaciones políticas de la sociedad, lo que crea un grave vacío teórico. Solamente se presenta un rudimento en el concepto gramsciano de “hegemonía” como un posible principio articulador, generado a partir de la unidad orgánica representada en el concepto de ‘bloque histórico’”.

Según el análisis de Paul Oquist (1978), el Estado colombiano “colapsó parcialmente” a raíz del 9 de abril de 1948; la violencia se generalizó y resquebrajó las instituciones parlamentarias, judiciales y políticas. Se produjo una pérdida de legitimidad del Estado, se generalizaron la represión y la persecución. Cabe anotar que el grado de expresión de estas particularidades tuvo connotaciones regionales y locales, las cuales se manifestaron de distinto modo en el tiempo.

Su tesis se centra en que “la maduración de las contradicciones sociales de diversa índole, al convertirse en conflictos violentos, fueron condicionadas por una reducción del poder del Estado colombiano. A este fenómeno se le denomina el ‘derrumbe parcial del Estado’.” Esto es, el mundo de las rivalidades políticas, la hegemonía exclusiva de un partido. Sobre este cuadro complejo de violencia y sectarismo el Estado se tornó frágil e incapaz.

El grupo del CINEP, liderado por Fernán González, sostiene el enfoque sociogenético sobre el cual gira su idea de “Estado en construcción” (González, Bolívar y Vázquez, 2003). Según su planteamiento, la existencia del Estado se origina a partir de las acciones colectivas de los sujetos sociales en el largo tiempo. Su enfoque se apoya en las reflexiones de Weber, Elias y Tilly, combinando un conjunto de factores que explicitan la debilidad del Estado colombiano: violencia, fracaso en la integración, “fuerzas centrífugas”, precaria legitimación, fragmentación territorial, predominio de “subculturas”.

Para decirlo de otra manera, el Estado dejó abiertos enormes “vacíos” que ocuparon actores y fuerzas particulares. Su incapacidad histórica para integrar el territorio nacional ha sido el signo distintivo de la “tragedia” colombiana. De ahí que el enfoque del “Estado en construcción” reafirme su propuesta de articulación entre el control de los recursos, los territorios y la población. Para Fernán González, la falta de redistribución de la tierra es el fondo del conflicto interno colombiano. Este vaciamiento es el resultado de la complejidad de la geografía nacional, la debilidad del poder judicial, la escasa infraestructura vial y social, la incapacidad de los partidos sobre los cuales operan los distintos actores como el clientelismo, los grupos armados ilegales, el narcotráfico y las guerrillas.

Algunos estudiosos norteamericanos han planteado la tesis del “Estado fallido o los Estados dentro del Estado” que caracterizan los Estados del Tercer Mundo. La respuesta de otros analistas ha sido que a lo sumo se podría admitir la existencia de “proto Estados”.

A la luz de estos enfoques se revelan importantes elementos analíticos y aportes para la comprensión del Estado colombiano. Como producto de varios años de investigación, estos autores han situado la relevancia del Estado y han planteado sugerentes

perspectivas; sin embargo, es preciso anotar que ninguno hace referencia a la teoría del “Estado ampliado” de Gramsci. Salvo Francisco Leal Buitrago, quien nombra la teoría de la hegemonía y del bloque histórico, y Luis Javier Orjuela que aborda una reflexión que incluye el modelo económico y la política neoliberal.

Quizá la asimilación acrítica entre economicismo y teoría marxista de la acumulación del capital hace perder de vista un campo de análisis acerca del tipo de capitalismo, las implicaciones del modelo neoliberal, las contradicciones de clase y la visión según la cual el Estado es ante todo una relación social históricamente determinada, animada por la política de clases y los conflictos sociales.

La anormalidad colombiana

En el largo período histórico marcado por las guerras civiles –la Regeneración, la revolución social frustrada, las múltiples guerras que conviven en una espacialidad irregular, desigual y la modernización tardía– el Estado colombiano se fue comportando como el botín de las élites de poder, como el sistema patrimonialista de distribución de los recursos públicos, la acumulación de capital, el ejercicio del poder a través del clientelismo y la corrupción. Este ciclo histórico no ha concluido, dado el carácter “lumpenburgués” de la parapolítica y del paramilitarismo.

Las múltiples guerras, la violencia y el clientelismo conforman el “espíritu público” del Estado colombiano, el cual dispone de una particularidad histórica: su desconexión vital con la sociedad, con el “mundo de la vida” de las comunidades y del pueblo en general. La “sociedad civil” es sólo un procedimiento de cooptación, asistencialismo y control de la población cuando se halla integrada. El Estado forjó una cultura política sectaria, excluyente, “señorial”, oligárquica, como es conocida internacionalmente, que animan las élites dominantes y conforman una “república señorial” (Antonio García) en la historia republicana y en los ciclos suscritos por el desarrollismo y la transnacionalización del capital. Aquí no hubo revolución; según otras perspectivas, tampoco hubo independencia, desconociendo la dialéctica histórica, pues los “vencedores no han dejado de triunfar”.

La revolución democrática de mediados del siglo XIX, la revolución frustrada de mediados del siglo XX (9 de abril) y las insurgencias armadas revolucionarias han sufrido un revés histórico irreversible. El liberalismo radical fue diluido, perseguido, y sus líderes –Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliécer Gaitán– asesinados. Como consecuencia, no ha habido sino *lenteguismo*, una suerte de *transformismo criollo*, sin reformas, ni democracia. La especie liberal-democrática se halla en proceso de extinción, las luchas ideológicas fueron canceladas y el clientelismo como forma de gobernar y ejercer “hegemonía” se impuso en el país, destacándose la administración de Julio César Turbay Ayala (1978-1982), la consolidación del proyecto

político de la “lumpenburguesía”, la profundización de la corrupción galopante, el control de las mafias y el dominio de la “economía subterránea” (eufemismo para aludir al dominio del narcotráfico en la administración pública. Recuérdese también la “ventanilla siniestra” del Banco de la República).

Del Partido Liberal surgió el proyecto autoritario y paramilitar orquestado por Álvaro Uribe Vélez que condensó en el Partido Social de Unidad Nacional (partido de la U) y articuló una amplia coalición de gobierno que bien puede llamarse “partido del orden”⁸ surgiendo así la parapolítica como forma de articulación entre el paramilitarismo, el narcotráfico y el Estado colombiano.

El liberalismo democrático fue reducido a su mínima expresión; los neoliberales encontraron en Uribe la expresión de la dominación política que unió autoritarismo, paramilitarismo y vaciamiento de la democracia. Recientemente, a través del gobierno de “Unidad Nacional” de Juan Manuel Santos, las élites relevaron del puesto de comando a la fracción de clase “lumpenburguesa” de Uribe Vélez y han instalado un gobierno que representa los intereses del gran capital transnacional, el cual reclama, entre otras cosas, la paz para el desarrollo de su estrategia de acumulación de capital.

Ser liberal en Colombia es un anacronismo, a la vez, una suerte de emblema institucional que demanda la vigencia del constitucionalismo social y democrático. El Estado ha sido tradicionalmente un monstruo despiadado, una bestia con pies de barro, una máquina imponente que tritura los reclamos de los débiles y se inclina ante los lacayos y el capital.

El *Leviatán* es una máquina infernal, incapaz de conectar con la sociedad, “agencia” de la fragmentación social y un aparato de dominio antidemocrático. Para las élites dominantes y sus expresiones del “transformismo” de centro, el Estado constituye un espacio de disputa y reparto del botín burocrático, el escenario de la “negociación” clientelar, la “apropiación” y control del presupuesto, el represor institucional y legal que articula la para-institucionalidad, los poderes regionales y locales, la “captura del Estado” por parte de las mafias, el paramilitarismo y las guerrillas. La “policía” poliforme une represión, “seguridad” y “guerra sucia”.

En estas condiciones el Estado ampliado, en sentido gramsciano, no existe. La forma-Estado es precaria, inacabada, frágil; las instituciones han sido cooptadas (DAS, Agro

⁸ Plataforma Colombiana de Derechos Humanos, Democracia y Desarrollo, *El embrujo autoritario. Primer año de gobierno de Álvaro Uribe Vélez*, Bogotá, 2003; Iván Cepeda y Jorge Rojas, *A las puertas de El Ubérrimo*, Bogotá, 2008; Iván Cepeda y Javier Giraldo, *Victor Carranza, alias El Patrón*, Bogotá, 2012.

Ingreso Seguro) y la institucionalidad omnipotente y excluyente terminó permeada por el narcotráfico y el paramilitarismo. En este sentido, el capitalismo reinante en Colombia siguió una modalidad criminal (Estrada, 2007) que subyugó al Estado. Se trata, además, de un Estado en “guerra interna”, un “Estado de excepción permanente” según la expresión de Giorgio Agamben (2004).

Ninguna violencia constituyó un imaginario colectivo de integración y sociabilidad entre el Estado y la sociedad. La violencia despedazó el precario tejido social y puso al Estado en la condición de Estado-policía en el sentido estricto de la palabra, según la reflexión de Jacques Rancière (2006).

Los partidos políticos cambiaron sus funciones de “mediadores” por “*rent-seekers*” (“buscadores de rentas”) y transformaron su *modus operandi* según la lógica mediática y comunicacional del gran capital.

Las izquierdas también cayeron subyugadas bajo el hechizo del poder mediático. Abandonaron el estudio sobre el Estado, sus funciones, alcances y contenidos estuvieron enmarcados por una suerte de ideología ahistórica, y el Estado se vio sorprendentemente confundido con el gobierno y abandonado al vaivén de las gestiones de las “Cortes”, de las personalidades y del “constitucionalismo social”.

El Estado en Colombia es un Leviatán precario, inacabado; sin embargo, actúa de forma omnipotente, excluyente, criminal y autoritaria. Su lógica ha sido desplazarse según la perspectiva de la “razón de Estado” –Insurrección del 9 de abril, el bipartidismo del Frente Nacional, la Toma del Palacio de Justicia, bombardeo a la frontera con Ecuador, la instalación de las bases militares gringas, la utilización de los “falsos positivos”, las interceptaciones ilegales telefónicas (“chuzadas”)– para perseguir y amedrentar a la oposición.

En esta “razón de ser” radica la singularidad de Colombia como “Estado de excepción permanente” cuya modalidad se expresa como “Estado capturado”. Se trata además de un modelo de Estado que se apoya en la privatización, en la acumulación de capital, desde formas legales hasta las ilegales. Para decirlo con Lacan: en Colombia “lo imposible sucede”.

David Bushnell sostiene cándidamente que “El país merece algo mejor, aun cuando sea por razones de tamaño. Es la quinta nación latinoamericana en extensión y la tercera en población” (2012:15). Admite que Colombia no se adapta a los estereotipos y “modelos” usados de manera convencional en los debates contemporáneos sobre América Latina. Esta excepcionalidad está acompañada de la debilidad de las izquierdas, de la cultura política y del vaciamiento democrático. De manera lapidaria, plantea que “El país carece de una verdadera identidad nacional”, ya que se

desconoce el nacionalismo, el populismo y el democratismo social. La consagración al Sagrado Corazón de Jesús no alcanzó la dimensión del mito fundacional que sectores tradicionales otorgan al mito de la Virgen de Guadalupe.

Marco Palacios aborda la *anormalidad colombiana* (2008) en un contexto histórico y revela algunas pautas de la forma como se ha producido –a partir del atraso tecnológico– el bajo nivel productivo, “la corrosiva concentración de la riqueza” y la impresionante irregularidad de la geografía, la cual resultó, según Palacios, “un obstáculo formidable en el camino a la prosperidad y la democracia” (*Ibid.*:14) y, habría que agregar, propició las condiciones para el desarrollo de la “guerra de guerrillas”.

Una característica de esta excepcionalidad consiste en la fractura del tejido social. Acentuaron esta condición: las guerras, el conflicto interno y la violencia. La famosa “colonización antioqueña” que las élites reverencian como modelo de desarrollo, sólo hizo prosperar un tipo de capitalismo individual-agrario, reacio a la solidaridad y la responsabilidad colectiva. Tal vez, una de las razones de las dificultades históricas para arraigar el proyecto del socialismo ha sido el predominio de este capitalismo individual asociado con las prácticas de las élites hacendatarias.

Según Palacios “mejor suerte” tuvo el “catolicismo social de León XIII” (*Ibid.*:14). El tipo de capitalismo se ha topado con esta circunstancia en su variante agraria, “señorial”, ampliada en la nueva época de la transnacionalización. Dicho de otro modo, el Estado colombiano, su “modelo de desarrollo”, tras reveses históricos provenientes de la guerra y de la violencia, el fracaso de la “Revolución en Marcha” (López Pumarejo) y el corto período de desarrollismo democratizante en los años sesenta y setenta, dio un “salto al vacío” al adoptar la globalización neoliberal, despedazando el aparato productivo nacional y sometiéndose a las orientaciones de las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs) y al dictamen de Estados Unidos. Si bien el papel económico del Estado colombiano ha sido pasivo y receptivo, lo cierto es que hoy es parte de un complejo proceso de acumulación de capital (Estrada, 2007).

En concreto, se puede decir que la fragmentación social y regional del país, el bipartidismo y la violencia debilitaron sistemáticamente al Estado. En la última década se produjo un proceso de “captura del Estado” por parte de las redes de la corrupción, el narcotráfico y los poderes ilegales regionales y locales. No sólo se trata de señalar la desarticulación entre la ley y su aplicación.⁹

⁹ Sorprende la paradoja de Colombia: un país tan rancio, “santanderista”, apegado al “orden y a la ley”, y que al mismo tiempo reine la ilegalidad, la fragilidad de la base fiscal, la evasión, la parapolítica, la ausencia de *ethos* público.

La idea gramsciana del papel de los partidos como “puentes” articuladores entre el Estado y la sociedad civil, es inexistente; la paradoja radica, como dice Palacios, entre el “carácter bipartidista de la cultura política y la naturaleza policlasista de los dos partidos históricos” que se enmascararon y atenuaron sus rivalidades para contener los efectos del conflicto interno y el fraccionamiento social (Palacios, 2008:17). En el fondo, se trata de una cuestión crucial referida a la democracia representativa que no llegó nunca a “madurar”, ni “su equivalente en la administración pública” (*Ibid.*), lo más representativo del pensamiento demo-liberal no logró cimentar y conformar una estructura nacional y social; cuando prometía instituir la, la violencia, el narcotráfico, el paramilitarismo y el conflicto interno la cercenaron y limitaron.

Puede decirse que las clases dominantes carecieron de una “voluntad nacional-popular” en sentido gramsciano, salvo los movimientos que lideraron la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR) de Gaitán y el Frente Unido de Camilo Torres. Cuando la Constitución de 1991 abrió el proyecto de articulación entre Estado y sociedad civil, la política neoliberal trituroó esta posibilidad, al punto que se recrudeció la violencia, se fortaleció el paramilitarismo y se crearon los poderes ilegales regionales y locales. No hay que olvidar que la AD-M19 desapareció como proyecto político alternativo y buena parte de sus dirigentes fue cooptada por el *establishment*, algunos de los cuales se pasaron al campo de la extrema derecha.

Tanto en la democracia representativa como en la democracia participativa las clases dominantes, las élites y la oligarquía actuaron como fuerzas disolventes, regresivas, algunas de cuyas fracciones se desplazaron hacia el proyecto de la “captura del Estado”, estrategia de las mafias, el narcotráfico y la paraparlítica.

El Estado ha vivido una paradoja: proclama el “Estado social de derecho”, y se han instalado el capitalismo criminal y el modelo neoliberal. Con excepciones significativas, como las del “constitucionalismo social” y el progresismo de algunos sectores de las Cortes, y por supuesto, la resistencia, la creatividad y las propuestas alternativas de amplios movimientos sociales, experiencias e iniciativas populares, la Constitución de 1991, que suscribió un “Tratado de Paz” con las guerrillas, fue “deshuesada” por el neoliberalismo.

El sistema político se encuentra en un atolladero, situación agravada por la fragilidad de la sociedad civil, el éxodo interno de 5 millones de colombianos y la debilidad crónica de las izquierdas. De ahí la política del gobierno de Juan Manuel Santos de abrir el proceso de paz con la insurgencia con el fin de “dar por concluido el conflicto interno colombiano” que azota al país desde hace 50 años y de este modo responder a las exigencias nacionales e internacionales de la nueva época marcada por la transnacionalización del capital, las “locomotoras” energéticas, la crisis europea y los bloques regionales latinoamericanos.

Nos encontramos en un momento crucial de replanteamiento de las relaciones entre Estado y sociedad donde el democratismo social, los movimientos sociales y las alternativas políticas se enfrentan en medio de “invariantes” históricas que la tradición conservadora, la modernización tardía y la globalización neoliberal consolidan mediante el dominio, la violencia y la dictadura del mercado transnacional (Gantiva Silva, 2012).

La hegemonía múltiple de un “Leviatán derrotado”

En sentido estricto, en Colombia conviven varios “Estados” –con poderes reales, regionales y locales– que el paramilitarismo, las guerrillas y las magias construyeron a lo largo de la confrontación armada y de la debilidad histórica del Estado. Pese a la puesta en marcha de diversas políticas contra las drogas, contra la insurgencia y el crimen organizado, el Estado ha fracasado en su estrategia, no sólo de contención y eliminación sino de integración y construcción de tejido social, comunidad y democracia.

Estos actores de poder construyeron sus propias redes, relaciones “estatales” al margen del Estado colombiano, incluso llegaron hasta “utilizarlo” para sus propios planes “productivos”, “legales”, “judiciales” y sociales. Con todo, ni el Plan Colombia, ni la política antidrogas, ni la estrategia contrainsurgente lograron desactivar estos “paraestados”. Salvo en el último caso se ha producido un fenómeno de “desequilibrio estratégico”, producto de la incorporación de nuevas formas tácticas contrainsurgentes bajo el mando norteamericano que se vienen aplicando en la última década.

En este sentido, se podría decir que tanto el paramilitarismo como los cultivos ilícitos de coca y las guerrillas edificaron sus propias “hegemonías” al amparo, unas veces de la inexistencia del Estado central, en otras, en perfecta connivencia con instituciones y funcionarios del Estado, o bien porque el propio Estado colombiano haya actuado de manera directa en la construcción de estos “paraestados”, o bien, porque los múltiples “intermediarios” como la parapolítica propiciaron este copamiento del Estado.

En particular, la coca está relacionada con un tipo de economía ilegal y la formación del Estado local (ejemplo Putumayo) (Torres Bustamante, 2012). El Estado, de alguna manera, ha venido formándose (tesis de Fernán González) sobre la base del aumento demográfico, la territorialidad, el mercado, la diferenciación social y la administración de justicia. Un eje central de este proceso ha sido el conjunto de “interdependencias sociales” y las formas de interrelación estatal sobre bases sociológicas. Podría decirse que estos “protoestados” (tesis de Bejarano y Pizarro) o “paraestados” han construido una compleja red de relaciones con la sociedad civil, la economía formal e informal, han elaborado un “tejido social” de diversa naturaleza y han ejercido una suerte de “dirección ideológica” mediante el control de los medios locales y la difusión de un tipo de cultura “afín” a su proyecto.

La fragmentación de la hegemonía se puede tipificar en varios ciclos del desarrollo histórico en Colombia. Marco Palacios anota que “la incapacidad de ejercer ‘hegemonía gramsciana’” obedece a varios procesos de fragmentación y conflicto: el primero, originado en las mismas clases dominantes, transformadas en la misma “emancipación nacional” en clases dirigentes del Estado o élites del poder; el segundo, generado por “la fragmentación de las clases dominantes” que lograron compensarse en la primera mitad del siglo xx mediante el éxito del “modelo liberal cafetero”; en tercer lugar, las hendiduras producidas entre un “país fragmentado y el pueblo soberano dividido”; en cuarto lugar, la fusión paradójica entre dos elementos contrapuestos de lo político: “legitimidad y violencia”; quinto, la nunca resuelta “cuestión agraria” que remite al hecho según el cual el país “no consiguió deshacerse del fardo del latifundio colonial, consolidado mediante clientelas, riquezas, *status*, prestigio social, lealtades personales, imposición de una “república señorial” y sedimentación de la ideología sectaria, excluyente, premoderna que el latifundio y el régimen hacendatario logró articular con el catolicismo” (Palacios, 2008:20 y ss.).

En el caso de la coca y las relaciones entre Estado y sociedad se revela la tendencia histórica de la desigualdad social, la ausencia del Estado central, la asimetría abismal entre centro y periferia, que para el caso de algunas regiones se produjo mediante “un proceso de años, lucha y renegociación” (Torres Bustamante, 2012:147 y ss.). La significación de lo local y regional para comprender este proceso de “dispersión” del Estado es ilustrativa de las características de las múltiples hegemonías en un contexto de “Leviatán derrotado” que Víctor Manuel Moncayo analiza en su obra (Moncayo, 2000).

Ahora bien, estas configuraciones regionales serán igualmente complejas al tratarse de las regiones controladas por el poder del paramilitarismo. En este sentido, el fenómeno de la parapoltica viene a sellar con “broche de oro” las relaciones entre la economía de los paramilitares, las transnacionales y los poderes políticos centrales, regionales y locales (Romero Vidal, 2011).

La hegemonía múltiple, construida a lo largo de 50 años de conflicto interno, puso al Estado central en una situación de permanente asedio, el cual se refugió y operó en la “defensa” de su aparato institucional, frecuentemente reformado, mediado por partidos predatorios y un régimen político clientelista y autoritario. En esta irregular geografía nacional y en este prolongado conflicto armado, las clases dominantes, poseedoras y controladores del poder, mantuvieron un “espíritu” oligárquico, excluyente y agresivo frente a los reclamos de la “sociedad civil”. Las políticas programáticas mantuvieron esa relación patrimonialista y asistencialista de los derechos y necesidades de la población y de las comunidades. La sociedad fragmentada en esta diversidad de actores armados y de poder real constituyó el verdadero escenario de la violencia, del desplazamiento forzado, del homicidio y de la desaparición. Cada

“sociedad civil” de esta hegemonía múltiple sedimentó prácticas sociales, formas de vida, lógicas culturales, relaciones productivas y formas “estatales” que integraron el Estado central, en unos casos, desestructuraron las instituciones, en otros, y, por el contrario, “reinventaron” otras formas de la cuales, los procesos de paz en particular enfrentan la complejidad de estas redes sociales, culturales, materiales, simbólicas y políticas.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (2004), *Estado de excepción*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo.
- BARATTA, G. (2003), *Le rose e i Quaderni*, Sardegna, Carocci.
- BENSAÏD, D. (2009a), *El elogio de la política profana*, Barcelona, Península.
- BENSAÏD, D. (2009b), *Marx intempestivo: grandezas y miserias de una aventura crítica*, Buenos Aires, Herramientas.
- BUSHNELL, D. (2012), *Colombia. Una nación a pesar de sí misma. Nuestra historia desde los tiempos precolombinos hasta hoy*, California, Planeta.
- CEPEDA, I. y J. ROJAS (2008), *A las puertas de El Ubérrimo*, Bogotá, Random House Mondadori.
- CEPEDA, I. y J. GIRALDO (2012), *Víctor Carranza, alias El Patrón*, Bogotá, Random House Mondadori.
- ESTRADA, J. (2007), *Capitalismo criminal: ensayos críticos*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- ESTRADA, J. (2010), *Derechos del capital. Dispositivos de protección e incentivos a la acumulación en Colombia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- GANTIVA SILVA, J. (2012), “La (im) pertinencia de las ideas: la otra batalla de la paz”, en revista *Izquierda*, Bogotá, Colombia, núm. 28, noviembre, <http://www.espaciocritico.com/sites/all/files/izqrd/n0028/izq0028_a01.pdf>.
- GARAY SALAMANCA, L., I. DE LEÓN-BELTRÁN, B. GARAVITO y E. SALCEDO-ALBARÁN (2008), *La captura y reconfiguración cooptada del Estado en Colombia*, Bogotá, Fundación Método/AVINA/Transparencia por Colombia.
- GONZÁLEZ, F., I. BOLÍVAR y T. VÁZQUEZ (2003), *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, CINEP.
- LEAL, B. F. (1984), *Estado y política en Colombia*, Bogotá, The University of Virginia/Siglo XXI.
- MONCAYO, V. M. (2000), *El Leviatán derrotado*, Bogotá, Norma.
- OQUIST, P. (1978), *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos/Banco Popular.
- ORJUELA, L. J. (s/f), *El Estado colombiano*, Bogotá, Universidad de los Andes.
- PALACIOS, M. (2008), *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Bogotá, Norma.
- PALACIOS, M. (2012), *Violencia política en Colombia, 1958-2010*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica.

- PLATAFORMA COLOMBIANA DE DERECHOS HUMANOS, DEMOCRACIA Y DESARROLLO (2003), *El embrujo autoritario. Primer año de gobierno de Álvaro Uribe Vélez*, Bogotá.
- RANCIÈRE, J. (2006), *Política, policía, democracia*, Santiago, LOM.
- RIVERA, J. E. (s/f), *La Vorágine*, Colombia, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- ROMERO VIDAL, M. (2011), *La economía de los paramilitares. Redes de corrupción, negocios y política*, Bogotá, Corporación Nuevo Arco Iris.
- SPEARS, I. (2004), *States within states: Incipient political entities in the Pos Cold War*, Estados Unidos, Macmillan.
- TORRES BUSTAMANTE, M. C. (2012), *Estado y coca en la frontera colombiana. El caso de Putumayo*, Bogotá, CINEP.

Recibido el 13 de diciembre de 2012

Aprobado el 17 de abril de 2013